

Luciana Sousa

LURO

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

Luro

Luro

Luciana Sousa

Ilustraciones de Agustín Sousa

Índice de contenido

Portadilla

Legales

Luro

Sousa, Luciana

Luro / Luciana Sousa. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Tusquets Editores, 2018.

Archivo Digital: descarga

ISBN 978-987-670-547-9

1. Narrativa Argentina. I. Título.

CDD A863

© Luciana Sousa, 2016

c/o Agencia Literaria CBQ SL

info@agencialiterariacbq.com

Fotografía de cubierta: Denise Giovaneli

Todos los derechos reservados

© 2018, Tusquets Editores S.A.

AV. Independencia 1682, C1100ABQ, C.A.B.A.

www.editorialplaneta.com.ar

Primera edición en formato digital: agosto de 2018

Digitalización: Proyecto451

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del “Copyright”, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Inscripción ley 11.723 en trámite

ISBN edición digital (ePub): 978-987-670-547-9

El allá es un espejo en negativo.

ITALO CALVINO



Somos tres a las tres de la tarde. El día se convierte en una masa espesa y silenciosa que aplasta a todos a la siesta, menos a nosotros. Acá, adentro, las paletas vacilantes del ventilador de techo marcan el ritmo de la vida real con un sonido mecánico y constante. Julio, sobre la heladera–mostrador, revisa los resultados de la quiniela. Sostiene su cabeza con las dos manos. Tiene los ojos apenas abiertos y cada tanto balbucea algún número. Sánchez, sobre la primera hilera de mesas, mira con fascinación la pantalla del televisor que parpadea noticias de un crimen del que ya se cumplen dos o tres años. Intacto, sobre la mesa, está el café que le serví a las dos de la tarde, después del almuerzo. Afuera, sobre el playón, dos camiones llegan, duermen y se van, sin poner un pie en tierra.

Con el timbre de las noticias de las tres, Julio se despabila, levanta la cabeza y me indica que limpie los baños. Lo miro desanimada y me dice que aproveche, que a esta hora no hay movimiento. Pienso que «movimiento» es una palabra ambiciosa para este lugar, pero no digo nada. Lleno los baldes y salgo.

El silencio del otro lado de la puerta es total. Soy la única cosa viva que se mueve en el espacio. Tres perros duermen a la sombra de los camiones, dispersos, y estoy tentada de tirarles el balde encima, pero me sorprende un calambre en el vientre que me obliga a detenerme unos segundos a pleno rayo del sol. Me acaricio la panza que asoma por debajo de la camisa y sigo.

Los baños están a la vuelta del almacén, de cara al playón. La puerta del baño de hombres ostenta el perfil de un señor vestido de frac y bastón. El de mujeres, tiene la imagen de *dama antigua*, con sombrero y abanico. Son pocos los que atienden a estas indicaciones.

Empujo la puerta de la dama antigua, pero algo, desde el interior, me impide abrirla por completo. Doy dos o tres golpes más, tratando de apartarlo, y escucho un quejido. Me imagino un perro. Vuelvo a dar un golpe, esta vez más fuerte. La puerta cede por completo alumbrando un cuerpo negro que se

recorta sobre los azulejos blancos del baño.

El cuerpo se encoge, y por unos segundos nos quedamos los dos inmobilizados. Desde que trabajo acá vi todo tipo de cosas adentro de este baño: perros abandonados, bolsos olvidados, cirujas, frases escritas en las paredes con marcadores, rouge e incluso mierda. Pienso en todo eso mientras lo miro. Pienso que nunca vi un negro *en vivo y en directo*.

Él descubre mi embarazo y sonrío con una hilera de dientes largos y brillantes. Su cuerpo sigue tenso, encogido, y yo cierro la puerta. Del otro lado, pienso. Adentro, silencio, igual que afuera. La ruta está liviana a esta hora y con este sol africano. Vuelvo al bar.

Julio duerme sobre el mostrador, aunque ahora se sostiene la cabeza con la fuerza de su cuello. Me da la impresión de que se le va a quebrar. Sánchez revuelve el revistero. Sigue usando la campera verde de nylon que alguien olvidó hace unos meses, cuando todavía era invierno. Abajo lleva puesta una remera descolorida con una foto de Perón, que sostiene un caniche en los brazos. El perro tiene los ojos bolita negros. Mira fuera de cámara. Perón tiene los ojos chinitos. Sánchez una vez me dijo que la foto era retocada.

La televisión sigue prendida, frente a una vitrina polvorienta que exhibe mates, gorros de sol, cosas que la gente olvida al salir de su casa o que nunca tuvo, y aprovecha para comprar acá.

—Sánchez, vení un segundo conmigo, por favor.

—¿Adónde?

—Al baño, tengo un problema en el baño.

—Si quieren que limpie los baños, me tienen que pagar.

—No quiero que limpies los baños, Sánchez. Hay alguien en el baño.

—¿Cómo «alguien»?

Me impaciento y voy hasta donde está Julio. Lo sacudo por uno de sus brazos.

—Julio, despiértese, hay alguien en el baño.

—¿Qué baño?

—El baño de mujeres, Julio. Hay alguien en el baño de mujeres.

—Ya lo hablamos, acá no vienen nunca mujeres, así que no me molesta que usen ese baño. Mientras me consuman algo después...

—¡Hay un negro en el baño! ¡Un negro *negro*, un negro de África, de un país de negros! Un negro, durmiendo en el baño.

—¿Un negro *negro*? ¿Está armado?

No me había fijado en eso. Julio se incorpora rápido y saca la escopeta que

guarda bajo el mostrador. El arma tensa el ambiente, y los tres, en silencio, vamos para el baño. Cuando nos detenemos frente a la puerta, Julio me dice que me corra, que me proteja.

—No me parece peligroso— le contesto.

Julio gira muy despacio el picaporte, y tras él, espera Sánchez. Un calambre me endurece la panza y me inmoviliza. La puerta cede y descubrimos al negro, en la misma posición que lo había dejado. Sigue sonriendo, pero ahora me parece más flaco, más débil que antes. Será por la escopeta. Él la nota y se asusta, pero no tiene forma de salir de ahí. Julio empuña el arma.

—Pará ¿qué hacés, animal?— le dice Sánchez, agarrándolo del brazo.

—¿Y qué querés que haga, que lo deje acá?

—¿Y qué vas a hacer si lo matás? ¿Vas a ir a la policía diciendo que mataste a un negro muerto de hambre porque te ocupaba el baño de mujeres?

Quiero intervenir, pero estoy atravesada por un espasmo que me recorre de las piernas hasta el vientre. Me duele hasta el reflejo de la luz en la cara. El negro está sentado, con los brazos sobre sus rodillas. Mira a uno y a otro, pero no entiende nada. Parece preocupado pero, como yo, no interviene.

—¿De dónde sos?— le pregunta Sánchez, separando las sílabas y en voz muy alta.

El negro sabe que le hablan a él, pero solo dice que no con la cabeza y abre las manos.

—No entiende nada, pobrecito— dice Sánchez. —Seguro tendrá hambre, con lo flaquito que está.

—¿Y que querés? ¿Qué encima le demos de comer?

—Y sí, aunque sea le traemos un poco de agua, andá a saber hace cuánto tiempo que está acá.

—Tanto tiempo no hace— replica Sánchez. —Limpió los baños a la mañana hoy y no había nada.

Habla de mí como si yo no estuviera presente o si, como el negro, no entendiera una palabra de lo que dice.

—¿Y de dónde sale este hombre?— pregunta Sánchez.

Un camión se acerca muy despacio desde la ruta al playón y Julio cierra la puerta de un golpe. De su bolsillo saca el llavero y del montón saca una llave pequeña y plateada, que pone un instante después en el picaporte.

—¿Lo vas a encerrar?— pregunta Sánchez.

—¿Y qué querés que haga? ¿Querés que alguien venga al baño y se lo encuentre? ¿Qué le digo yo a la clientela?

Nos quedamos de nuevo en silencio, mientras Julio cierra la puerta. Sin decir una palabra se va para el almacén. Parece el más convencido de los tres. Nosotros lo seguimos. El camión, mientras tanto, estaciona junto a los perros, y de él baja una persona enorme. Le cuesta un poco desacomodarse del asiento.

Nosotros, ya en nuestras posiciones, lo esperamos adentro. Estamos los tres junto al mostrador, mirando entrar al hombre. Yo me puse el delantal negro con rayitas blancas. Los demás me marcan demasiado la panza. En un par de semanas, pienso, no me va a entrar ninguno.

Julio, con una servilleta de papel doblada en cuatro, se seca la transpiración de la calva. Sánchez, finalmente, se saca la campera de nylon.

—Buenas tardes— saluda el hombre enorme mientras se sienta delante de la tele. —¿No me traés una coca?

Lo conozco. Hace la ruta 3. Pasa los jueves.

—¿Tenés algo para picar?— me pregunta cuando le acerco la gaseosa.

Le recito la variedad de sándwiches y elige milanesa, como siempre.

Vuelvo al mostrador, y cruzamos miradas entre los tres. Julio está nervioso pero sereno y, enseguida, prende el horno eléctrico para la milanesa. La expresión de Sánchez, en cambio, es delatora. Menos mal que no lo matamos, pienso. Busco algunos aderezos y servilletas. Cuatro hombres, grandes como el primero, entran al almacén. Bajaron de una camioneta blanca que quedó al sol.

Me acerco y tomo el pedido. No se deciden, así que les recomiendo las milanesas, que están recién hechas y salen rápido. Aceptan.

Otra vez me invade un calambre. Llego doblada de dolor hasta el mostrador y me agarro firme de la mesada, hasta que pasa. Julio me mira. Está serio, le transpira la cara, el pecho y las axilas.

—¿Estás bien? me pregunta Sánchez.

—Sí— le digo.

No me siento bien y, cuando me agacho en la heladera para sacar las gaseosas creo haberme hecho pis encima. Contraigo mi vejiga. Falsa alarma. Pasa todo el tiempo. Pero, por las dudas, me sostengo la panza entre las manos mientras me levanto.

—¿Querés que te ayude con las botellas?— insiste Sánchez.

Debo estar pálida. No le contesto. Agarro por el cuello los cuatros envases y voy a la mesa.

—Gracias, linda— me dice el más viejo. —¿De cuánto estás?

—Siete meses— contesto.

—Linda época, ¿es el primero?

—Sí.

—El primero siempre es el más trabajoso— le comenta a los otros tres, sin mirarme. —Mi señora lo sufrió mucho: tenía vómitos, mareos, se hinchaba toda...

Los que están frente a él me miran con desagrado, tratando de rastrear algún síntoma. Me apoyo sobre la mesa y acomodo vasos y platos. Atrás mío viene Sánchez, con los cubiertos, las servilletas y varios sobres de mayonesa.

—Yo puedo, gracias— lo atajo.

—¡Cómo sos, dejá que te ayude!

No le contesto y se sienta en la mesa de al lado.

—A algunas mujeres en este estado nada les viene bien.

Lo ignoro y voy hacia el mostrador a darle una mano a Julio con las milanesas. Salen las cinco juntas.

—Mirá si te nace negro— me grita Sánchez desde la mesa.

Julio y yo nos asomamos desde la cocina.

—Yo vi una vez un documental de chicos que salían negros sin tener padres negros— cuenta Sánchez —explicaban que a veces se altera algún gen y chau, te sale negro nomás.

Los otros asentían, sorprendidos.

—¿Y qué hacés si te sale negro?

—Pero en esta zona no hay negros— le contesta el viejo. —Los negros que había en el virreinato los mandaron a pelear al Paraguay.

—Ah, pero lo negros siguen viniendo— le dice Sánchez. —Se escapan de África, en los barcos. Algunos se hunden, pero otros llegan.

—¿Y vos viste alguno?— le pregunta uno, burlándose.

—Sí, muchos— asegura Sánchez, serio —lo que pasa es que acá se tienen que esconder, la gente no los quiere, prefieren llamar a la policía.

Julio tiene problemas para maniobrar las bandejas que saca del horno. Sirve las milanesas, y tira las asaderas en la pileta. El ruido interrumpe la charla.

—Sánchez, ¿no me das una manito acá con el horno?— le grita Julio, tras el mostrador.

Yo salgo de la cocina con tres platos. Le sirvo primero al hombre que sigue solo y en silencio, más apartado, mirando la televisión. Julio le dice algo a Sánchez, al final del boliche. Lo toma del brazo. Sánchez se suelta y vuelve a

la mesa, cerca de los demás. Están en silencio mirando en la pantalla una placa roja que informa sobre un accidente aéreo en Brasil. No hay sobrevivientes.

—Seguro eran todos negros— dice Sánchez.

Los demás no le contestan. Miran por encima mío mientras les dejo los platos. A mis espaldas escucho la puerta. Los clientes apenas entornan las cabezas. Frente a mí, la cara de Sánchez se transforma. Julio, detrás del mostrador, respira profundo.

—Buenas tardes, comisario— le dice.



II

El almacén queda en silencio. La voz del locutor de las placas rojas de la televisión, y el traqueteo de las paletas del ventilador, generan tensión en el ambiente. El comisario se sienta frente a la cocina y le pide a Julio que cambie de canal. Quiere ver el partido.

Los demás comen en silencio. Julio se para delante del televisor, con el control remoto.

—¡Qué caluroso que se puso!— dice el comisario.

—Sí— responde Julio. Los demás seguíamos en silencio.

—¿No me traés una coca?— me pide.

Yo asiento y me acerco hasta la mesa con la botella helada. Transpira por todos lados y tiene los poros de la piel muy abiertos.

—¿Podés subir un poco el ventilador?

—Está al máximo— responde Julio, antes que yo.

—Traéme hielo entonces.

Julio se va atrás de la cocina y le pide a Sánchez que busque afuera, en la heladera, un poco de hielo. Sánchez obedece de mala gana y me trae un bloque helado, sin picar, que preparo antes de llevar a la mesa. El hombre solo paga y pregunta por el baño.

—A la vuelta— dice Julio.

Yo no lo miro. Junto la mesa rápido, paso el trapo. Yo también transpiro. Me toco la cara, para ver si mis poros se abrieron como los del comisario. Creo que no.

El hombre grande vuelve del baño, saluda desde la puerta y se sube al camión. Acto seguido, otros dos de la mesa de cuatro piden la cuenta. Van para el baño.

El comisario se seca la frente con una servilleta. Está pálido. Se levanta y sale tras ellos.

Los dos hombres que quedan en la mesa intercambian algunas palabras sobre su viaje. Julio, Sánchez y yo ni nos miramos; Julio lava, yo recojo los

platos, Sánchez, parado junto a la barra, el codo apoyado en el mostrador, mira la televisión. Está transpirando.

—¿No me abrís el baño por favor?— interrumpe el comisario desde la puerta

—¿Qué baño?— pregunta Julio.

—El baño de minas, está cerrado.

—Ahora le abro— contesta Julio.

Se acerca a la caja. Tras él sale Sánchez. Atrás de Sánchez, voy yo.

—Pero, ¿qué hacés? ¿Cómo lo vas a dejar entrar? ¿estás loco?— le dice Sánchez, susurrando.

—¿Y qué querés que haga? Me pide el baño, ¿qué querés que le conteste?

—Lo va a encontrar— especula Sánchez, y lo toma del brazo. —¿Qué le vas a decir?

—Yo no le voy a decir nada— se suelta Julio. —Que lo encuentre, que piense que lo encontró él y que se lo lleve.

—¿Y? ¿Me das la llave?— grita el comisario desde la puerta.

Los dos hombres vuelven al almacén. Pasan por delante del comisario, se sientan a la mesa. El comisario, fastidiado, desaparece por la puerta.

—No se lo dejes a él, sabés cómo son en la comisaría.

Julio no contesta.

—¿Mirá si sabe hablar y todavía le dice que lo encerramos?

—Yo no encerré a nadie— argumenta Julio.

Me alejo de la cocina, tomándome la panza. Tengo un zumbido en los oídos. Me saco el delantal y me siento debajo del ventilador, en el medio del salón. Uso una revista vieja como abanico. A mis ojos, percibo desfiguradas las imágenes, como si entre ellas y yo mediara una cortina de vapor. La silla y la mesa también transpiran. El comisario vuelve del baño, secándose las manos en la camisa.

—¿Te sentís bien, nena?— me pregunta.

—Sí— le contesto. Me levanto, pero me tengo que volver a sentar. Y Julio se acerca con un vaso de agua helada.

—Vamos al hospital— me dice.

—Yo la llevo— se ofrece el comisario.

Nadie contesta nada.

—Estoy bien.

—Te lleva en el patrullero, con el aire acondicionado, te va a hacer bien— me anima Julio.

Lo miro con desconfianza, pero accedo. El comisario, por las dudas, le pide una toalla para poner en el asiento.

—Para cuidar el tapizado— se ataja.

Una vez adentro del auto, el aire acondicionado borra la cortina de vapor. Una radio, con interferencia, relata el accidente de la placa roja del televisor.

—¿Querés que le avise a alguien que vamos al hospital?— me pregunta, solícito, el comisario.

Niego con la cabeza. Empezamos a andar. La estación de servicio, del otro lado de la ventanilla, se va alejando hasta desaparecer.

III

El patrullero se desliza en cámara lenta por la ruta desierta. Me levanto el delantal, porque las piernas me transpiran.

—Te falta poco para parir— me dice el comisario.

Lo miro y asiento. No tengo fuerza ni siquiera para hablar. Un dolor suave y continuo me hace latir el cuerpo, desde el talón a la cabeza. Él tararea una canción que no conozco. Lleva las manos inmóviles sobre el volante.

—Me impresiona lo poco que engordaste.

Me lo dice casi susurrando. Le quiero responder pero me siento muy débil. El cuerpo se humedece y se afloja. Muevo la cabeza hacia la ventanilla abierta. La llevo colgando, como la de esos perros de juguete que se ponen en los autos.

—Estás mojada, nena— me dice el comisario arrastrando la mano por mi pierna.

El mosquito camina sobre mi brazo y me hace cosquillas. Quiero espantarlo. Si no lo espanto me va a picar. Pero no tengo fuerzas. Sube desde la mano hasta el lunar que tengo sobre la muñeca.

Y me pica.

IV

No vuelvo hasta el día siguiente. Es el calor, me dijeron. No me dieron reposo. Tengo que tomar más líquido, evitar las horas de sol, ponerme ropa holgada, liviana y blanca. Así que hoy me parezco mucho a una heladera, sentada a un costado, a la sombra, la espalda contra la pared, me abanico con una revista y miro la tele. Julio me dice que me quede ahí que él se ocupa de atender las mesas. El almacén está vacío. Sánchez todavía no llegó.

—¿Le dieron de comer? ¿Le llevaron agua?— pregunto yo.

—¿A quién?— me responde Julio.

—Al negro, Julio. ¿No le llevó algo?

—¿Y qué querés que le lleve?

—Algo para comer, Julio, lo dejamos encerrado.

—Bueno, agua tiene, está la canilla.

—¡Pero tiene que comer!

Sánchez abre la puerta. Tiene puesta la campera verde otra vez, a pesar del calor, que se saca una vez adentro del almacén. En su mano derecha trae una bolsa de nylon blanca. No puedo distinguir qué hay adentro.

—Le traje algunas cosas— nos dice.

—¿A quién?— pregunta Julio.

—Al negro, ¿a quién va a ser?

—Le decía justo que tendríamos que llevarle algo de comer— comenté.

—¿No le llevaste nada?— pregunta Sánchez a Julio.

—No, al final ayer se me llenó de gente y cerramos tardísimo— se disculpa Julio.

—¿Pero vos querés que se muera de hambre?

—Hambre ya tiene— argumenta Julio, levantando la mano. —Yo no quiero que se muera, pero no lo quiero acá.

—Matarlo no es una solución— le contesto. Los dos me miran asombrados, como si nunca hubiese tenido voz. —Menos matarlo de hambre.

—Bueno, abrámosle la puerta y que se vaya— propone Julio.

—¿Adónde piensa que va a ir?— pregunto.

Sánchez se queda callado un segundo.

—Mirá si te compromete— le dice a Julio, finalmente.

—¿Qué decís? ¿Con quién me va a comprometer si no sabe ni hablar?

—Con la embajada— le explica Sánchez —voy a ir a la embajada y les voy a contar que lo encerraste.

—Si acá no hay embajadas, Sánchez— contesta Julio.

—Y de ahí, a la comisaría— dice Sánchez.

—Es una locura, no vas a llegar a ningún lado— se convence Julio.

—Te voy a denunciar por secuestrador— sigue Sánchez.

—¿Secuestrador?— Julio se indigna.

—¡Maltratador!— grita Sánchez.

—Pará, pará— dice Julio.

—Llevemos algo de comer— propongo. —Y después vemos.

—Y después— dice Julio —vamos a hablar con el comisario.

—No, con el comisario, no— lo ataja Sánchez.

—¿Por qué no?

—¿Cómo «por qué»? El comisario estuvo ayer acá, y vos mismo le negaste la llave del baño.

—¿Y?

—¿Cómo «y»? ¿Cómo le vas a explicar que lo tenías en el baño y no lo denunciaste, y encima le mentiste en la cara?

—Vos me hiciste mentirle, Sánchez— grita Julio. —Vos me metiste en este problema.

—¿Y vos te pensás que al comisario le importa? El que cerró el baño fuiste vos, el que no le dio la llave al comisario también. ¿Qué vas a decir? ¿Que te puse la escopeta en la cabeza para que lo hicieras?

Nos quedamos los tres en silencio. Pensamos. Yo, particularmente, no pienso en el negro. Un calambre me recorre el vientre, aunque todavía no se hace sentir. Es lo que viene antes del calambre, el cosquilleo, algún tirón aislado.

—¿Cómo se llamará?

—¿Y eso qué importa?— me dice Julio.

—A alguien alguna vez le importó— contesto.

El tiempo pasa, otra vez en silencio. Las paletas del ventilador enganchan algo y empiezan a hacer un ruido crónico y angustiante.

—Llevémosle algo— propongo —le llevamos un sándwich y lo vemos.

Quiero verlo.

Julio resopla, pero se levanta. Va hacia el mostrador, levanta una de las campanas y saca un bollo de pan relleno.

—Llévale algo más, no seas rata— le dice Sánchez.

—¿Y qué come? ¿qué le llevo?— pregunta Julio.

—Llévale lo que tengas, una milanesa, un poco de fiambre— enumera Sánchez.

—Llévele agua, Julio— apunto yo. —Agua fría. No me imagino el calor que hace en ese baño.

—Yo le traje ropa— se ataja Sánchez.

Abro su bolsa. Hay unos pantalones de corderoy, una camisa y un pulóver.

—Con esto se va a morir de calor— le digo.

—¿Y qué pensás que le iba a traer? No tengo una casa de ropa.

—Ya está— se acerca Julio. Trae unos bollos de pan, un poco de fiambre, y una botella de agua.

Salimos en fila india, los tres. Julio adelante, con la comida. Sánchez lo sigue. Abraza sobre el pecho la bolsa de ropa. Yo voy atrás. Llevo la botella en un gesto simbólico. Me da el sol sobre el camisón blanco que llevo puesto y me hago sombra con la mano en la frente. Pienso que debe tener un nombre corto, como Raúl, o Juan, pero en africano. Yo le pondría un nombre corto a mi hijo. Voy pensando en esto cuando me llevo por delante a Sánchez, que se detuvo. Julio lo hizo primero. Suelto la botella que cae pesadamente a la tierra. Recién entonces me doy cuenta de que la puerta del baño de mujeres, con su imagen de dama antigua, está abierta de par en par. Adentro no hay nadie.



La ruta está desierta. Cada quince o veinte minutos pasa un auto. A veces ni eso. Nosotros seguimos inmóviles frente al baño, cada cual con su ofrenda, mirando a veces la puerta, otras veces la ruta, de vez en cuando el campo atrás. Me imagino al hombre negro sobre un horizonte dorado por el maíz.

—Se debe haber ido de noche— dice Sánchez.

—Seguro tuvo hambre— pienso yo.

—En tal caso, un problema menos— sostiene Julio.

Los tres seguimos rastreando los alrededores de la estación de servicio con la mirada.

—Te voy a denunciar— le dice Sánchez a Julio.

—¿Por qué me vas a denunciar? ¿No podés pensar que se fue y listo?

—Si se fue, significa que contento ahí no estaba— le contesta Sánchez.

Volvemos, lento, al almacén. Julio pone los panes dentro de la campana. Se seca la frente húmeda con una servilleta y abre el diario. Es la hora de la quiniela. Es la hora de la siesta.

Sánchez se saca la campera y me pide un café. Se sienta cerca de la televisión. Están pasando algo sobre volcanes. Hoy la tele se ve con rayitas. Debe estar lloviendo cerca.

—Gracias, nena— me dice cuando le llevo el café.

Me siento junto a él, y me acaricio la panza.

—¿Te gusta el nombre Juan?

—Muy común— me contesta, sin sacar los ojos de la pantalla.

Julio, atrás del mostrador, se pone a cortar fiambre. Mientras tanto, silba una canción. Yo me desplomo sobre la silla, frente a Sánchez, que mira la pantalla y revuelve el café. Siento que el tiempo vuelve a parecerse a la masa de aire, caliente y tediosa, que aplasta las tardes acá en la estación. Ni siquiera la panza se me endurece. Ni un calambre. Nada.

Miro el reloj en el televisor. Pasaron apenas quince minutos de la partida del negro. Julio prepara unos sándwiches de miga. Sánchez sigue revolviendo

el café. No saca la vista de la pantalla.

—¿Por qué no vamos a buscarlo?— pregunto yo.

La reacción es inmediata. Sánchez despega la mirada del televisor.

—Vamos— me responde. Le brillan los ojos.

—¿Adónde vamos a buscarlo?— grita Julio, desde la cocina. —¿Para qué?

Sánchez ya se para y se pone la campera verde. Yo agarro una botella de agua helada de la heladera.

—Hagan lo que quieran— se resigna Julio. —Pero acá no me lo traen de nuevo.

Ninguno de los dos contesta. Salimos. Una gran nube espesa y gris cubre el sol. Sobre el horizonte, otras tantas se acercan. El cielo se atormenta.

VI

Los primeros metros caminamos en silencio y decididos. Salimos de la estación. Yo me sostengo la panza con ambas manos. Sánchez las lleva metidas en los bolsillos de la campera verde. Tomamos el camino que nace atrás del almacén. La tierra seca forma pequeñas piedras a lo largo del camino. La brisa, que peina el mundo desde el oeste, apenas se siente hoy.

Tengo la impresión de que Julio aún nos observa. Así que espero a estar a unas cuadras para preguntarle a Sánchez:

—¿Adónde creés que se pudo haber metido?

Levanta los hombros y tuerce la boca.

—No va a pasar desapercibido, hay que preguntar.

Me pareció lógico. Asentí y seguí caminando. En poco tiempo, llegamos a la calle principal. Debe ser, aún, hora de siesta, porque las tres diagonales que nacen desde ese punto están desiertas.

Las piernas me pesan. Siento como si estuvieran llenas de piedras secas del camino de tierra. Le indico a Sánchez con un gesto que nos detengamos un momento, en uno de los bancos del boulevard que está en la entrada del pueblo, justo después de un cartel gigante que dice «Bienvenidos a Luro». Me parece imprudente romper el silencio. Le convido agua, pero la rechaza. Yo tomo dos sorbos, y juego con la botella, hasta que siento que alguien, con movimientos muy lentos, abre una ventana, en una de las casas frente a nosotros.

—Sigamos— propongo.

Sánchez se levanta, se acomoda la campera y me ayuda a ponerme de pie. Como en un dominó, las puertas y ventanas del resto de las casas se abren; se levantan las persianas de los almacenes y se escuchan algunas radios.

Caminamos unas cuadras más hasta cruzarnos de frente con una persona *entera*. Es Antonio, el mecánico, que va camino a la estación. Como de costumbre, viene hablando solo, cuando Sánchez lo detiene con la mano en alto. Antonio nos mira sorprendido, como si nos descubriera en medio de una

multitud.

—¿Cómo le va, Antonio?— se adelanta Sánchez.

—Usted me ve, muy bien, ¿qué hacen por acá?

—Paseando— le contesta, irónico.

Yo estoy dos pasos atrás de Sánchez, observando en silencio.

—Dígame, Antonio, ¿no vio nada raro hoy por el pueblo?

—¿Raro como qué?— Antonio junta las cejas.

—Algo raro— dice Sánchez. —Algo que le llame la atención.

—¿Pasó algo?

—No, no, no se asuste— le contesta Sánchez. —Vimos en la estación un grupo de gente que no es de por acá, ¿vio? Pensamos que tal vez habían venido para el pueblo.

—¿Gente peligrosa?

—No, Antonio. No creo— contesta, serio, Sánchez. —Pero si ve algo raro, alguien raro, ¿nos avisa, no?

Antonio está confundido y asustado. Sánchez también lo nota. Le agarra la mano, que cuelga al costado del cuerpo. Yo le sonrío. Avanzamos. Unos metros más adelante me doy vuelta. Está parado en medio de la calle, inmovilizado.

VII

Caminamos dos cuadras más. Nos cruzamos con tres chicos que andan en bicicleta, pero vienen rápido, y pasan a nuestros costados sin darnos tiempo a reaccionar. Estoy cansada. Me gustaría volver. Pero no se lo digo. Él va mirando algo más adelante, concentrado en eso. Yo me toco las manos hinchadas, me hago masajes. Ya casi no siento los pies.

A los pocos metros, nos cruzamos con la camioneta de Julián, el administrador de los campos dorados al costado de la ruta. Lleva puestas unas botas de cuero marrón, como de mujer. Ni siquiera con los pies deshinchados me quedarían mejor que a él.

Sánchez se acerca, despacio, lo saluda llevándose una mano a la frente.

—¿Cómo anda usted, don Julián?

El otro nos saluda con un gesto que Sánchez recibe de buena gana. Hay un código que me pierdo. Así que me alejo unos pasos y me abismo.

Sánchez se acerca un poco más.

—Sabe, Julián, estamos un poco preocupados— le dice, grave, mi compañero.

—¿Pasó algo, Sánchez?

—No, no es que haya pasado algo— le explica. —Tenemos entendido que hay algo raro en el pueblo, por decirlo de alguna manera. ¿Notó usted algo raro en estos días?

—¿En qué sentido «raro»?

—Fuera de lo común, no sé cómo explicarle.

Julián hace silencio, pensativo. Mira el suelo, con seriedad. Después de unos segundos, levanta la vista y, rascándose la barbilla, le dice a Sánchez:

—Ya sé de lo que me habla usted.

—¿En serio?— pregunta Sánchez.

—Sí. Yo sé lo que está buscando.

—¿En serio? ¡Qué buena noticia que me da, Julián!

—Sí, me tiene un poco preocupado ese asunto.

—¿Le parece? Creo que es inofensivo.

—No me dio la misma impresión. ¿Quiere verlo?

—¿Sabe dónde está?

—Claro. Lo tengo yo.

—¿Dónde lo tiene?

—Está en el establo del campo— comenta y se ataja. —Contra mi voluntad, eh. Pasa que no sé qué hacer con él. Se me apareció hace poco por acá.

—No se haga problema— contesta Sánchez. —Nosotros nos encargamos. Julián me mira y después lo mira a Sánchez.

—¿Le parece que una mujer en su estado se ocupe de esto?

—Oh, no se preocupe por ella. Todo esto le despertó el instinto maternal— contesta Sánchez. Yo me pongo colorada. Los tres sonreímos.

—Bueno, yo los puedo llevar hasta allá— nos dice. —Pero necesito la más absoluta reserva. No puedo quedar pegado a este lío. Se los doy, hagan con él lo que quieran pero yo no quiero tener nada que ver.

—No se preocupe— le dice Sánchez. —Nosotros nos ocupamos. Deje todo en nuestras manos.

Julián me ayuda a subir a la caja de la camioneta. Me acomoda entre unos bolsones de maíz. El gesto me enternece. Debe ser más joven de lo que aparenta. Ellos, adelante, van charlando. Yo apoyo la cabeza sobre las bolsas, apenas sostenida. El movimiento de la camioneta sobre las piedras de tierra me provoca sueño. Pero no logro dormir. Voy mirando el cielo cubierto de nubes. Me parece que en cualquier momento una de ellas se va a desprender y caerá sobre nosotros. Pero ahí se mantienen todas, amontonadas, hasta que la camioneta vuelve a detenerse.

Julián y Sánchez bajan. Yo me incorporo. Estamos frente al establo. Ninguno de los dos me ayuda esta vez. El dueño de casa saca un manojito de llaves de su bolsillo izquierdo. Las reconoce entre los dedos y sostiene una, grande y dorada. Se paran frente a la puerta y, con una seña, me piden que me aparte. Hago caso, y me acomodo a un costado, con las manos sobre mi panza. La acaricio. Parece de yeso.

Cada uno se pone de un lado de la puerta. Es Julián el que mete la llave y la hace girar en la cerradura. De un golpe suave, la abre.

—Acá lo tiene usted— le dice a Sánchez, que abre sus ojos de par en par.

Yo me adelanto y asomo la cabeza entre las puertas. Descubro, en la sombra, un animal gigante y deforme, de piel finísima y rosada, que agoniza

sobre un colchón de paja, cubierto de sangre y rodeado de ratas. Un violento remolino trepa por la garganta y, sin advertencia, vomita hasta quedar vacía y liviana.

VIII

Antes de pegar la vuelta le prometemos a Julián no decir nada. Nos confiesa que va a sacrificar a la bestia. Ni Sánchez ni yo nos oponemos. Sánchez encoge la cabeza entre los hombros. Yo me disculpo. Quiero volver. Nos vamos alejando muy despacio, en un silencio acongojado. Caminamos de frente al horizonte, por un camino de ripio y tierra seca, rodeado de arbustos pelados. La sensación de infinitud, la belleza del atardecer, me angustia más.

—Tiene que andar por estos campos— me dice Sánchez. —A pie no podría llegar más lejos.

Yo no le contesto. Camina despreocupado, con las manos en los bolsillos. De a ratos silba, pateando piedras por el camino. Parece disfrutar el paseo.

A mí, en cambio, la vuelta se me hace cuesta arriba. Cada zona de mi cuerpo está hinchada y dolida. La piel, seca y tensa, se resiste a la presión del cuerpo que engendro y que ahora, más que nunca, se asemeja a una piedra, redonda y pesada, muerta.

Me acaricio la panza para aflojarla, pero no percibo movimientos. Debe dormir, o incomodarse con el viaje.

—¿De qué país será?— pregunta Sánchez.

—De algún país de África— le contesto, finalmente. —De algún lugar donde no se puede vivir tranquilo.

—Acá se vive muy tranquilo.

—Acá no se vive— le aclaro. —Acá se pasa el tiempo.

—¿Vos te irías?

—No tengo dónde ir...

—¿Adónde te irías?

—No a África.

Nos quedamos en silencio otra vez. Sánchez está pensando. Me doy cuenta porque no silba, aunque todavía camina con las manos en los bolsillos. Los campos dorados se oscurecen con la caída del sol, y se vuelven cobre. Todavía los días son cortos.

—A mí me gustaría ir a la selva— me dice Sánchez.

—¿A una selva en África?

Sánchez arruga la boca formando una u invertida.

—Sí, una de esas— dice con poca seguridad.

Sonrío. La panza se afloja y se aliviana. La piedra se convierte en aire y da la impresión que estuviera cargando un globo. El último tramo hasta la estación venimos tarareando la música de una publicidad de detergentes. Se levanta una brisa que nos empuja por la espalda. Ya casi es noche cerrada cuando entramos al almacén.

Adentro, la atmósfera todavía está pesada. Hay dos mesas ocupadas por gente del pueblo. Los mismos de siempre. El ventilador está prendido, pero se quemó una de las luces de tubo blancas. El lugar parece más feo.

Julio está lavando unas tazas en la cocina, sin apuro. Sobre las mesas hay migas, y en el piso, servilletas sucias. Nos recibe cansado.

—¿Y? ¿Lo encontraron?

—No— contesta Sánchez.

—Pero ¿qué pasó? ¿dónde lo buscaron?

—Otro día le cuento— digo.

Sánchez se sienta en una mesa, tan cerca del televisor, que tiene que forzar el cuello para ver la imagen completa. Yo me siento en una mesa sobre la pared, donde apoyo la espalda entera. Estoy agotada y no comí nada en todo el día. Los de las mesas vecinas me charlan, pero estoy tan cansada que percibo las voces como si entre ellos y yo mediara una pecera llena de agua. Sostengo la cabeza entre las manos, y por fin, la recuesto sobre la mesas y así me quedo unos momentos. Desde que me embaracé, soy incapaz de soñar.

Me despierta la mano de Julio.

—Vamos— me dice.

El almacén está vacío, es noche cerrada. Sánchez está subiendo las sillas sobre las mesas. Julio baja la persiana metálica. Yo espero afuera, envuelta en un paño de lanilla. La luna entera y manchada, como de yeso, ilumina el rocío sobre el pasto. La ruta está desierta.

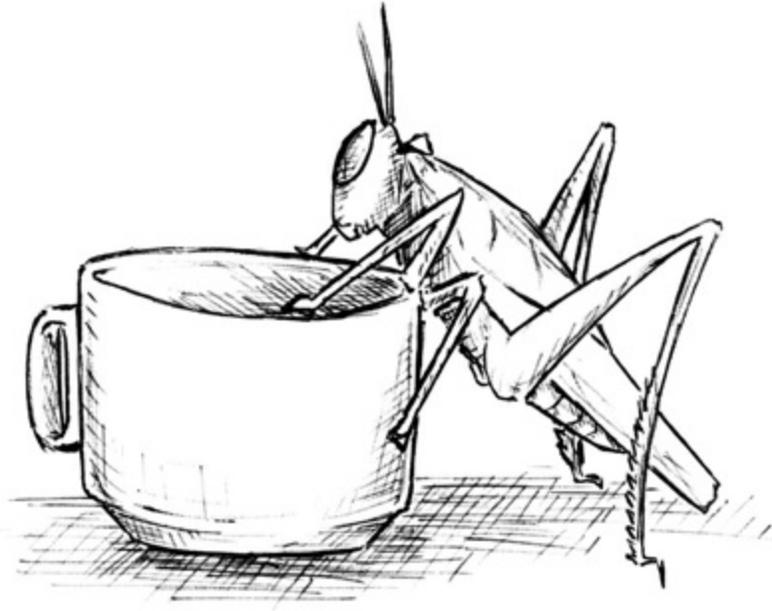
Espero a Julio al costado de la camioneta. Primero iré al baño. Sánchez, con las manos en los bolsillos, resiste el frío.

—¿Querés que te alcancemos?— le digo, como todas las noches.

—No, no, me gusta caminar.

Julio vuelve del baño. Subimos. Sánchez levanta la mano, saludando, y da media vuelta. Camina con prisa; antes de que arranquemos, ya avanzó media

cuadra, y su figura, graciosa y errática, se confunde con el fondo topacio del cielo.



Al día siguiente, un sol tirano anticipa una jornada infernal. Vuelvo al vestido blanco, de heladera, y me calzo unas sandalias de cuero de hombre. La primera parte del día transcurre rápido; descargaron en Bahía Blanca y la ruta se llena de camiones que, ensimismados, avanzan a pasos cortos. Desde el playón, y en puntas de pie, no veo el final.

Los clientes entran fastidiados. Al rato, un fuerte hedor domina el almacén. Los pedidos salen rápido, y casi no cruzamos palabra con Julio. Sánchez no apareció.

Después del mediodía, la fila de elefantes se dispersa. Algunos camiones, de cara al sol, descansan en el playón. Es hora de siesta. Yo me siento a un costado y me abanico. Transpiro casi en simultáneo al agua que tomo.

Sánchez entra tarareando, sin la campera. Trae una camisa de jean arremangada y unos pantalones claros. Le pide un café a Julio, que él mismo se prepara y me trae una botella de agua a la mesa.

Otra vez, me pesan los párpados.

Entrecierro los ojos y me rindo a la conquista del sueño, que va entrando despacio, inmovilizando primero la cabeza. Las articulaciones del cuerpo se relajan y, dentro de la panza, algo se mueve despacio, como nadando, en una bolsa llena de agua. Por un momento, con los ojos cerrados, lo veo. Está apoyado en la parte baja del vientre, que sostengo con las piernas entreabiertas. De a ratos, gira. Le voy a poner Juan.

Un cosquilleo en el pie me despierta, pero la inmensa panza blanca no me deja ver el suelo inmediato. Me parece un insecto. Lo sacudo pero no se desprende y, apoyando la planta entera del pie sobre él, lo aplasto.

Julio duerme sobre el mostrador. Sánchez no está. Quiero recobrar el sueño, pero la panza se tensa de un espasmo, y me invade un calambre. Siento el dolor a flor de piel y no me muevo por un rato.

Sánchez aparece. Camina fuera del almacén, preocupado. Una nube grande y espesa tapa el sol. Aflojo la panza y salgo. Lo encuentro parado delante de

un árbol, y camino hacia él. La humedad me pesa en los hombros.

Me detengo detrás de Sánchez, en silencio. Estamos a unos dos metros. Sobre el tronco, una mancha verde uniforme, como una escama, se abre y se cierra con movimientos casi imperceptibles.

—Son langostas— me dice Sánchez, sin darse vuelta.

La escama se replica en la base del árbol y a los pocos segundos, se pintan de verde algunas zonas del playón. Las manchas ondulan sobre los campos dorados.

Volvemos al almacén y Sánchez despierta a Julio de un sacudón.

—Hay langostas.

Adentro del local hay pocas y dispersas. Las vamos pisando entre los tres. Decidimos cerrar la puerta, pero se filtran por las rejillas y al rato la lucha se vuelve desigual. Nos sentamos en el centro del salón vacío. Yo me alejo los insectos con un mosquitero plástico. Los camiones, literalmente, huyen, acelerando para desprenderse de los últimos insectos. Los perros se fastidian y sacuden. A los pocos minutos, se rinden y se van.

Julio y Sánchez tiran kerosene por las rejillas, y empapan las aberturas. El ambiente está irrespirable y me alejo hasta la puerta de vidrio. Sobre ella, las langostas forman un tejido amarillento que parpadea de manera continua. Apoyo las manos sobre la mancha. En pares y tríos, se entrelazan unas y otras, estrechando las patas delanteras y traseras. El espectáculo se reproduce, con movimientos mecánicos. La sensación de infinitud me hipnotiza.

La marea verde corta la ruta y avanza hacia el sur, furiosa. El aire falta adentro del almacén, pero Julio y Sánchez me prohíben salir. Me siento otra vez. Afuera empieza el movimiento de las fumigadoras y los tractores, que avanzan sobre el campo dorado en remolinos. Me da la impresión de que la reproducción es todavía más rápida, porque el campo se vuelve verde amarillento en pocos minutos.

Sigo el espectáculo con curiosidad, al lado de Julio. Sánchez prende el televisor. Las placas rojas nada dicen de la plaga. Pasan una reseña de un cantante de boleros que fue famoso hace por lo menos dos décadas atrás.

Previendo una tarde larga, Julio prepara una jarra de café que pone en el centro de la mesa. Sánchez mira la televisión, Julio mata con el mosquitero algunas langostas desorientadas.

Yo me recuesto sobre la mesa. Cruzo los brazos y descanso en ellos la cabeza. La tormenta de insectos produce un sonido similar a un zumbido, monocorde y constante. Duermo otra vez.

La escarcha nocturna mata la plaga y pone fin a los días breves. Vuelven los camiones y los perros, y no quedan rastros de las langostas, salvo en el campo dorado, que ahora es un lodazal. La circulación de camiones es intensa, venosa y continua. Sobre el playón, una chica de no más de quince años, con un bolso rosa muy sucio, espera que la pasen a buscar. Adentro, una familia desayuna cerca de Sánchez. Les traerán una encomienda. Yo me siento delante de la ventana, con Julio, que lee los diarios.

—¿Qué esperás?— me dice sin levantar la vista.

—¿Qué espero para qué?

—Al lado de la ventana, ¿a quién esperás?

Hoy tiene que pasar el repartidor de fiambre.

—Ah— me dice con un suspiro y me mira. —Es viernes.

El tiempo se ralentiza y me da la impresión de que, salvo por esos detalles, lo mismo da un viernes que un lunes. Ese pensamiento me deprime. La chica afuera parece percibirlo, porque me mira, desalentada y confundida. A los pocos minutos, se va.

Una camioneta blanca estaciona frente a nuestra mesa y acerca la encomienda para la familia. Los dos chicos le piden al padre que deshaga el paquete. Es un castillo inflable que, de acuerdo a la foto de la caja, alcanza el tamaño de una habitación. Se van tan rápido que no dejan siquiera propina.

Julio se levanta y arma una pila con todos los diarios sobre el mostrador. A la tarde volverá a deshacerla. En la televisión pasan la repetición de otro programa de baile y canto. Es hora de que llegue Sánchez, pero no aparece. En cambio, la humedad invade la estación. Formo un abanico con una servilleta. El aire no corre, el tiempo tampoco. La marcha de los camiones se vuelve espaciada y los perros van llegando de a uno a tirarse frente a la estación. Julio recibe un llamado y su voz se vuelve un susurro. Solo habla así con su mujer. De todos modos, escucho. Ella le pide la camioneta y él no se la quiere dar.

Me recuesto sobre la mesa, con los dos brazos cruzados, y la certeza del sueño que, con el embarazo, se parece mucho a una inyección letal. No sueño, ni percibo, ni descanso. Cierro los ojos y los abro, como en un parpadeo, pero ha pasado una hora. Julio está fajinando cubiertos y la camioneta descansa en el playón. Sánchez llegó y mira la tele.

—¿Dónde estabas?— le pregunto.

—Haciendo trámites— me dice seguro.

No hago más preguntas aunque, por esta zona, no existen más trámites que las partidas de nacimiento y defunción.

Sin que me lo pida le sirvo un café, y hago otro para mí. Dos parejas jóvenes entran charlando, y la tarde se anima. Ellas visten ropa liviana y anteojos de sol, y me hablan con cierta ternura. Van a pescar, me dicen, y eso llama a Julio a la charla.

—La pesca es una actividad solitaria y silenciosa— les señala.

Ellos les dicen que van a embarcarse en la bahía, apenas acomodan todo en la costa. Las chicas no se sienten aludidas y toman las gaseosas con pajitas.

Una mujer con dos chicos entra al almacén. Me pide chocolatadas y vainillas, y se lleva al menor al baño. El más grande juega con un muñeco que parece un vampiro.

Sánchez, más apartado, mira obnubilado la reconstrucción virtual de una operación oncológica. La escena me resulta repugnante, por más que sea artificial. Un tumor espectacular, como una bolsa de grasa, es extirpado de una rodilla gigante. Sánchez quiere comentar algo, pero los demás lo ignoran, porque están saliendo los jóvenes pescadores y Julio se deshace en consejos.

La mujer vuelve del baño, toma un vaso de chocolatada y me pide la cuenta. Le digo un número estimado, porque Julio está ocupado y no me acuerdo cuánto salen las vainillas. Me deja algunos pesos más, y se va. Levanto los vasos y los billetes, que meto rápido en el bolsillo de mi delantal. Quedaron algunas vainillas. Se las doy a Sánchez y me acerco a la puerta, donde Julio está despidiendo a los pescadores. Sobre el techo, llevan tres cañas, anudadas con cinta verde, y reposeras. Nos saludamos como si nos conociéramos de toda la vida. Arrancan a alta velocidad con una sola maniobra y, por detrás, los sorprende el patrullero, que baja de la ruta al playón. El auto con las cañas se pierde rápido y nosotros volvemos a entrar. Sánchez no se ha movido, pero se inquieta con la llegada del comisario y se reubica para no darle la espalda. Con Julio volvemos a la cocina, a prepararle el café.

—¿Cómo seguís?— me pregunta cuando se lo alcanzo.

La situación me avergüenza.

—Mejor, gracias— contesto. El comisario me mira, esperando que diga algo más. La panza se tensa en un espasmo.

—¿Usted bien?— pregunto.

Julio y Sánchez levantan la vista. Yo me sonrojo.

—Bien, con trabajo— me dice y revuelve el café.

Respiro profundamente, llevando el aire hasta el estómago, y la panza se afloja. Camino hacia la cocina. Sánchez y Julio no dejan de observarme, pero no dicen una palabra.

Julio prende el ventilador y sube el volumen del televisor. Están pasando la repetición de la última elección de Miss Universo. La mayoría de las mujeres son rubias; cada tanto, aparece una asiática y alguna morena.

—Qué lindas que son las chinas— interrumpe el comisario.

Un silencio hondo sobreviene y Julio se apura por remediarlo.

—Siempre ganan las rubias.

—Para mí gana la negra— apuesta Sánchez.

—No es tan negra— le responde el comisario.

—Conozco gente negra— le discute Sánchez. —Y esta se parece bastante.

El comisario sonrío con un gesto torcido y macabro. Agarra la taza con toda la mano y se toma el último resto de café.

—Casualmente, ayer vimos a un negro.

Sánchez abre los ojos de par en par.

—¿Un negro? ¿Dónde lo vieron?

—En la comisaría, lo trajeron a la tarde— le cuenta.

—¿Cómo llegó? ¿Está preso?— pregunta Sánchez.

—Pasó la noche ahí, estaba dando vueltas en un campo.

Nos quedamos inmovilizados los tres. El comisario, mientras tanto, saca la billetera. Percibe nuestro entusiasmo, pero no dice más nada.

—¿Habla?— pregunta Julio.

—Seguramente— le responde el comisario. —Pero yo no lo escuché decir nada.

—¿Y cómo es?— cuestiona Sánchez.

—Negro, ¿cómo va a ser?

—Pero negro cómo: ¿alto? ¿bajo? ¿pelado?

—Negro normal— le dice el comisario, encogiéndose de hombros —como todos los negros.

Saca dos billetes y los apoya sobre la mesa. No pasa al baño. Saluda con un gesto y desaparece por la puerta. Tras él, inmediatamente, llega el repartidor de fiambre y Julio se sienta en una mesa apartada a hacer el pedido. Yo levanto la taza vacía. Frente a mí, Sánchez se aparece como un fantasma.

Las horas siguientes son largas. Julio discutió con el repartidor de fiambres unos precios y tiene mala cara. Para colmo, el salón está lleno. Un partido de fútbol retiene a una docena de hombres y chicos que insultan a los gritos. Dos de ellos se levantan en un gesto torpe y derraman una botella de cerveza. Julio me hace señas para que pase el trapo. Me requiere un esfuerzo descomunal.

Sánchez está inquieto. Se levanta, se despereza, se vuelve a sentar, agarra una revista. No le interesa el partido, y, diez minutos antes de que termine, sale hasta el playón, donde camina de un lado a otro.

El fútbol se acaba, y, como la plaga, los hombres desaparecen. Yo levanto de a una las mesas. Estoy agotada. Sánchez entra y en dos movimientos recoge las cosas. Está excitado. Julio avisa que se va al baño.

—¿Vamos?— me pregunta, cuando ya nos quedamos solos.

—¿Ahora?

—Sí.

—Ya estamos por cerrar, ¿por qué no vamos mañana?

—Mirá si se va— me dice.

—¿Y cómo sabés que es el mismo?

—¿Y por qué sería otro?— me repregunta.

—Capaz vinieron muchos, en un barco— especulo, aunque sé que no es así.

Sánchez se queda pensando. Julio vuelve del baño. Vamos a cerrar. Meto los trapos en un balde con lavandina y apago el ventilador. Sánchez ya está afuera, con las manos en los bolsillos de la campera verde. Julio sigue enojado. Le adelanto que no vuelvo con él. No me pregunta nada.

Lo saludo, mientras baja las cortinas. Afuera me espera Sánchez. Sin mediar palabra, empezamos a caminar. La noche está fresca, y me ofrece su campera. La rechazo. Para acortar camino, cruzamos el campo arrasado por las langostas. El terreno esta desértico y desprolijo. Se parece mucho a un potrero, aunque los pastos en algunas zonas son altos, y sobreviven restos de los maizales. Algunos perros merodean cerca de nosotros. Imagino, además,

ratas, comadreja, zorros. Bichos de campo.

Caminamos muy lento, levantando las rodillas hasta la panza a cada paso. Es un trabajo arduo, así que Sánchez me ofrece el brazo para que me apoye en él, que también va dando zancadas entre la hojarasca. El camino se me hace infinito, y de repente me entran ganas de llorar a gritos. No llegamos siquiera a la mitad del descampado. Pero ya no tiene sentido volver. Le pido a Sánchez que paremos un segundo, necesito parar.

—¿Estás bien?— me pregunta.

—Estoy cansada nomás.

El silencio alrededor nuestro es hondo. A Sánchez lo incomoda.

—Deberías comprarte una camioneta— me dice.

—¿Para qué?

—Para andar por acá, como la gente del campo.

—¿De qué campo?

—Del campo. Este campo.

Lo miro confundida. ¿Esto es el campo? Nunca tuve muy en claro qué es el campo. Si es todo esto: la ruta, la estación de servicio, el pueblo, el potrero, la plaza principal, ¿qué no sería campo?

—Si yo tuviera una camioneta me iría a la ciudad— me explica antes de que pueda preguntar.

—¿A qué ciudad?

—A la que esté más cerca. Después recorrería otras. Debe estar lleno de ciudades.

Me levanto y le pido que sigamos. Llevo la panza sostenida entre los brazos. Pienso en la ciudad. La ciudad de edificios, de marquesinas. La ciudad de semáforos. Los climas estivales. Las mujeres con zapatos, todo el tiempo.

—¿Hay plazas en las ciudades?— le pregunto a Sánchez.

—Seguramente no. En las ciudades no hay tanto espacio.

—¿Vos fuiste alguna vez?

—No, pero veo la televisión.

Pienso en los lugares. Hay ciudades. Hay mares y océanos. Hay selvas. Hay bosques, con árboles de todas las formas y colores. Y hay campo. Cuando iba al colegio, me decían que vivíamos en la llanura o en la pampa. Pero así, ya de grande, pienso que se parece mucho más a un desierto de tierra.

Lo miro a Sánchez. Va pensando en otra cosa. El camino es sinuoso y seguir hasta la comisaría me parece delirante.

—¿Por qué no volvemos mañana?— consulto.

—No podemos dejar que pase la noche ahí— se indigna.

—Ya pasó una noche ahí.

—Vos hacé lo que quieras, yo voy a buscarlo— me advierte, y apura el paso.

Lo sigo. Está irritado. Se da vuelta.

—Volvé si querés, yo me encargo— me dice con fastidio.

—No, está bien. No te enojés. Es que es tarde.

—Yo no lo voy a dejar solo otra vez.

No quiero discutir. La panza me transpira y la tela se pega a la piel. Sánchez va dos pasos más adelante. Camina con diligencia. De atrás, su figura es graciosa. Los pelos se le encrespan con la humedad. Se está quedando pelado. Ilumina todo una luna perfecta, tan clara y brillante, que parece un hueco en el cielo. Falta poco. Sobre una espesa montaña de basura quemada, veo algunas luces. Hincho el pecho de aire, y hago un último esfuerzo.

De afuera, la comisaría se parece mucho a una casa fea o a una escuela. La base está pintada de verde oscuro. A partir del metro de alto, la pintura es blanca y sucia. Corona la fachada una placa azul. Es una construcción vieja, remodelada con mal gusto, a la que se le han ido agregando habitaciones. Vista desde el cielo, me la imagino similar a una araña.

La puerta está rota, apoyada sobre una de las paredes del pasillo que lleva al interior. Sánchez entra primero. Sigue fastidiado. Lo noto porque perdió la cortesía. Llegamos a una habitación amplia, teñida de una tenue luz blanca de tubo. Atrás de una mesa alta, dos oficiales conversan y miran mensajes en el celular. Sobre las paredes, hay sillas y algunas banquetas rojas. Solo tres están ocupadas. En una, duerme un hombre gordo y desproporcionado, con los brazos cruzados apoyados sobre su propio vientre. Un pantalón blanco manchado corta el cuerpo inmenso a la altura de la cadera. Descansa la cabeza hacia atrás, apoyada en la pared, y ronca. Cuando nos acercamos, percibimos el olor a alcohol. Tres sillas más atrás, un chico de unos quince o dieciséis años espera, con las manos en los bolsillos y las piernas estiradas y cruzadas. No parece inquieto. Sobre la silla de al lado, tiene apoyado un celular que reproduce cumbia. La música muta, pero no se detiene nunca. Es como un disco de enganchados. Cerca de los oficiales, una mujer de unos cuarenta años, vestida de rosa y celeste, se ríe y manda mensajes por celular. Los oficiales le hablan, y ella sonrío y contesta sin dejar de mirar el aparato. Cuando llegamos, se levanta para ir al baño. La mujer es petisa, pero tiene unas sandalias blancas sobre unas plataformas altísimas que mueve con destreza. Los oficiales la miran cuando desaparece tras una de las puertas. Yo me desplomo sobre una banqueta. Me laten los pies hinchados.

—Buenas noches— les dice Sánchez, con impaciencia.

—¿Cómo te va, Sánchez?— le responde el más joven. Tiene el pelo negrísimo cortado al ras.

—Bien. Estoy buscando al negro.

—¿Qué negro?— le pregunta el otro, con una sonrisa.

—El negro, Álvarez— Sánchez apoya las dos manos sobre la mesa. —El negro que encerraron acá ayer.

—Ahhhh, ya sé— dice el más joven. —El que levantamos en el campito— le explica al más grande.

—Sí, ese, un negro *negro*— agrega Sánchez.

Los oficiales parecen entender de qué habla. Pero no dan precisiones.

—¿Dónde está?— pregunta al fin Sánchez.

—No lo vi hoy acá— dice el más joven. —Lo deben haber largado.

—¿Cómo? ¿Adónde lo largaron?

—Le abrieron la puerta y se fue, Sánchez— contesta Álvarez, con cierta ironía.

—¿Adónde se fue? ¿Saben cómo se llama? ¿Dónde vive?

Los oficiales están tentados, pero tratan de disimularlo. El más joven advierte que irá a revisar los papeles, y se aleja a otra habitación. Sánchez está transpirado. Saca un pañuelo de tela marrón y se seca el sudor de la frente. Vuelve el oficial hasta la mesa.

—No hay registros, no tenía documentos— le comenta a Sánchez.

—¿Y cómo tienen a alguien preso, sin saber ni cómo se llama ni de dónde es?

—No era de acá, Sánchez, lo detuvimos por precaución, para que sepa que acá hay policía y no se meta en problemas.

—¿Pero hizo algo? ¿Cómo van a encerrar a un tipo en la comisaría para asustarlo, si ni saben quién es?

—Bueno, Sánchez, no te pongas así no es para tanto.

—Sí, es para tanto. A nadie le importa, pero a mí sí me importa.

—¿Lo conocías?— le pregunta Álvarez.

—No— contesta Sánchez dudando. —Pero lo estaba buscando, y me sorprende llegar acá y no encontrarlo. Y que no tengan el menor registro de quién pasa acá las noches.

Sánchez está gritando. La mujer vuelve del baño, mirando a todos con curiosidad. La cumbia sigue.

—Sánchez, haceme el favor, calmate, sentate un rato. No armes problema.

—Los voy a denunciar. Ustedes son unos ineptos. Encarcelan a cualquiera.

—Pará, Sánchez, bajá el tono.

—¡Quiero ver al comisario!

—No está el comisario a esta hora. Volvé mañana.

—No, yo de acá no me voy sin hablar con él. El asunto es grave, llámenlo.

—Sánchez, pará, tranquilizate, es un negro que no conoce nadie.

—¿Ves como son?— Se da vuelta y me interroga. —Son corruptos e inhumanos. A mí sí me importa el negro. A nadie le importa pero a mí sí.

Sánchez da un golpe de puño en la mesa y desencadena una serie de acciones simultáneas. El gordo se despierta, sobresaltado. Los oficiales salen de atrás de la mesa y lo sujetan del brazo. Lo van a detener. La mujer está alarmada. Saca una foto con el celular.

Por fin, me levanto e intervengo.

—No se lo lleven, yo me hago cargo de él, vamos a mi casa.

—¡Vos no te metas!— grita Sánchez mientras trata de soltarse. —Al final son todos iguales, a nadie le importa. ¡A nadie le importa!

Los hombres se llevan a Sánchez a uno de los cuartos. Estoy mareada y tengo náuseas. Me agarro de la mesa para no caerme.

—¿Te sentís bien?— me pregunta la mujer.

—Sí— le contesto.

Pero me siento muy mal y salgo hasta la entrada de la comisaría. La brisa fría en la cara me despabila. A los pocos minutos, aparece el oficial más joven.

—Va a pasar la noche acá. ¿Quiere que la acompañemos hasta su casa?

—No— respondo mientras me levanto. —Tengo que hacer una llamada.

XIII

Al día siguiente, ninguno de los tres menciona el asunto. Abrimos temprano, con Julio, porque empiezan las vacaciones, y hay gente. En general, familias. Familias con chicos y sombrillas. Van al mar.

Sánchez llega después de las tres de la tarde, con la misma ropa con la que pasó la noche. Deambula por la entrada, sobre el playón, dando de comer a los perros pedazos de pan. Después, entra. No saluda. Se sienta en la mesa de siempre, con los diarios y pide un café. Julio me hace una seña para que no le dé bola. Dejo el café sobre la mesa y me voy.

A las cuatro, el almacén se llena. Hay dos mesas de chicos que meriendan y otras dos de adultos que toman café y se ríen a carcajadas. Los chicos vuelcan la chocolatada y vacían sobres de azúcar sobre las mesas. Los demás festejan la ocurrencia. Yo los reto.

Todos hablan a los gritos. El bar es una caja de resonancia, y la cabeza se me parte. Uno me pide la cuenta y me deja una propina generosa. Cobro y le aviso a Julio que salgo a tomar aire.

Frente a mí, la ruta parece un río infinito de correntadas oscilantes. Van y vienen autos de todas las marcas y colores. El bebé pateo dentro de la panza y me provoca un espasmo tan fuerte que decido volver a entrar. Tengo que sentarme.

Unos segundos después, Mary entra al almacén. Me cuesta reconocerla: lleva anteojos de sol, y un bolso colgando al hombro. Está más gorda, pero el azul le disimula bastante. Hace un año que no nos vemos.

Me saluda con un abrazo y una gran sonrisa. De cerca, veo sus ojeras, y temo por lo que está viendo ella en mí. Me acaricia la panza, y, mientras tanto, me hace preguntas que me incomodan. Todos lo hacen. Siempre saben de bebés más que yo. ¿Es nena o varón? ¿Dónde lo vas a tener? ¿Ya tenés la cuna? Mis respuestas oscilan entre «no» y «no sé».

—¿Querés un café?— le ofrezco.

Le sirvo medialunas también. Mary habla sin parar. Apenas prueba las

medialunas y no termina el café. Está viviendo en la ciudad, es *cama adentro*. Tiene las uñas pintadas de azul brillante y colgantes y aros dorados. Me deja una de sus pulseras antes de irse.

—Tengo una semanita de vacaciones nomás— me explica.

Quedamos en tomar unos mates mañana.

—¿Dónde estás viviendo?

—En donde siempre— le contesto.

La respuesta la decepciona. Sale rápido, y todavía desde la puerta me saluda. Yo me quedo sentada, terminando las medialunas. Podría comer una docena sin saciarme jamás.

Frente a la ventana, veo los camiones pasar. Sánchez está en la mesa de al lado, haciendo lo mismo, pero sigue ofendido y no hablamos. Está muy pálido e intuyo que sigue sin dormir. Le ofrezco una medialuna, que agarra con indiferencia y come casi en un bocado.

Afuera, algo detiene el tránsito y la ruta se descompone en brazos desprolijos de coches que buscan adelantarse. Los conductores se impacientan. Dos hombres bajan de un auto rojo. Se hacen sombra con la mano para ver qué ocurre más adelante. Los camioneros, en cambio, aprovechan para estirar las piernas y fumar.

Sánchez y yo salimos al rayo del sol. Arrastro la panza. No vemos nada, pero un hombre subido al techo de una camioneta dice que se volcó la carga de un camión. Sánchez se acerca y hace preguntas. No hay agentes de tránsito; los conductores corren ellos mismos las cajas que entorpecen el paso. Otros se toman el trabajo de abrirlas o llevárselas. El que hablaba con Sánchez baja del camión y se adelanta. Vuelve a los minutos con tres cajas deformadas por el golpe. Me ofrece una, que deja a mis pies. Pronto los autos forman un embudo que, aunque muy lento, permite reanudar la marcha. Sánchez saluda al tipo de la camioneta con un apretón de manos y vuelve al lado mío. Los autos arrancan, y van pasando de a uno, muy lento, frente a nosotros. Tres pares de coches desfilan delante del almacén. El séptimo es un camión con acoplado, muy largo y precario, que lleva gallinas. Destila un olor insoportable. El camión desfila despacio delante del almacén, como si se arrastrara. El conductor fuma. Creo que lo conocemos, porque cuando pasa cerca nuestro, saluda levantando la mano. El olor de la carga se siente unos metros antes. Las jaulas son viejas y los barrotes están oxidados. La escena es nauseabunda, y retrocedo unos pasos para evitar el vómito. Pero Sánchez me toma del brazo y me señala, al final del acoplado, una silueta morena sentada sobre una de las

jaulas. Los ojos de Sánchez se agrandan y brillan. El negro nos mira también. Tardamos en reaccionar; el camión toma velocidad y se aleja. Estamos perplejos.

—¿Será el mismo?— le pregunto.

—Claro que es el mismo— me dice Sánchez. —No puede haber dos.

Nos quedamos unos minutos más parados sobre el playón. El sol ahora se pone del otro lado del almacén y nos tapa la sombra. Se acercan dos perros, y un ómnibus vacío estaciona cerca. Abro la caja. Hay sobres de sal. Dejo la caja en el playón y volvemos a entrar.

Levanto todos los platos y tazas, y me voy al lavadero, atrás del almacén. Corre una brisa rápida que me despeina, y a cada rato me saco con las manos enjabonadas el mechón que cae sobre la frente. Siento fastidio.

Julio viene a llevarse algunas cosas; se quedó sin tazas.

—¿Estás bien?— me pregunta.

—Me siento un poco mareada. Apenas se vacíe el salón me voy para casa — le contesto.

El salón se vacía rápido. Cuando vuelvo a entrar, Sánchez ya no está. Julio cerró todo con diligencia, para alcanzarme a mi casa en la camioneta. Lo aprecio, es un buen hombre.

—¿No querés que te acerque al hospital?— me pregunta.

—No, ya estoy mejor— le contesto.

Hacemos unas cuadras en silencio.

—¿Ya pensó a quién va a tomar cuando nazca mi bebé?

—No sé— me dice Julio. —Quizás con Sánchez nos arreglamos.

—Pero no sabe hacer nada— le discuto. —Además es bueno que haya una mujer.

—¿Cuánto tiempo te vas a ir?

—No sé. Quizás me tomo un par de meses.

—¿Cuántos meses?

—Estaba pensando en irme un tiempo a la capital.

—¿A la capital? ¿Qué vas a hacer ahí?

Julio para la camioneta sobre la banquina.

—No sé, tengo ganas de conocer la ciudad. Además los hospitales deben ser mejores, puedo tener al bebé ahí.

—La capital es peligrosa, vos no conocés a nadie, estás sola.

—Mary vive ahí, me puede dar una mano— le sugiero.

—Mary es sirvienta, y duerme en lo del patrón, ¿dónde pensás que te va a

alojar?

—Bueno, tal vez me puede conseguir algo ahí.

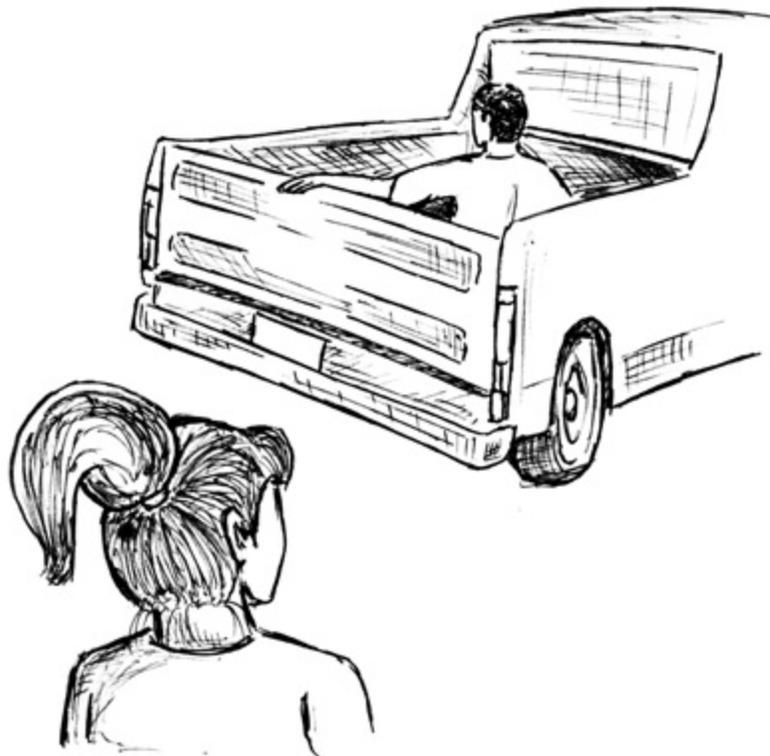
—¿Qué trabajo te puede conseguir? No estás pensando bien. Vas a terminar con el bebé en la calle.

Sus palabras me duelen. No contesto. Le digo que vayamos para casa, que seguimos otro día. Pero él insiste:

—Acá no te falta nada, todos te vamos a dar una mano siempre.

Hace una pausa mientras arranca.

—Miralo al negro ese. Se escapó de vaya a saber uno dónde, y ahora está deambulando por acá, pasa las noches en la comisaría. ¿Así querés terminar?



XIV

La noche es una enfermedad agónica. El bebé patea con furia adentro de la panza y no hay posición en que se quede quieto, así que decido dormir sentada en el único sillón de mimbre que vino con la casa. Apenas me siento, percibo que se dilata la roca puntiaguda que llevo en el vientre.

A veces creo que es agua.

Amanezco enredada dentro de una manta, de costado, con la panza enorme desnuda. Es tarde. Me apuro para ordenar la pieza antes de que llegue Mary, pero un rato después del horario que acordamos me avisa que no va a venir. Así que salgo con tiempo a hacer las compras. El pueblo parece nuevo, limpio, aunque un poco desértico. Las calles son demasiado anchas para los vehículos que pasan a cuentagotas. La gente también falta. Es media mañana y la verdulería está vacía. Tengo que aplaudir para que me atiendan.

La verdulera sale adormecida de atrás de una cortina de arpillera, preguntando quién sigue. La compra es mínima, apenas unos tomates y un poco de fruta. Quiero darle a entender que me enoja su desgano. Pero eso tampoco le importa. Me fastidia Julio, y Mary que no vino. Se acerca la hora del almuerzo y el silencio y los olores invaden el pueblo. En un rato, pienso, tengo que ir para el almacén.

Me desplomo en uno de los bancos frente a la panadería cerrada a comer una banana. Estiro las piernas hacia delante, y me abanico con el diario. La bolsa queda debajo de mis piernas, a la sombra. A mi izquierda, por una calle lateral, viene caminando Sánchez. Me hace señas, como si tratara de llamar mi atención en medio de una multitud. Ya no está enojado.

—¿Saliste a pasear?— me pregunta.

—A hacer las compras, ya voy para casa.

—Te acompaño.

Sánchez agarra la bolsa que está entre mis piernas y me apura para que me levante.

—Compraste poco.

—Para mí sola alcanza.

—Deberías comer más carne— me sugiere.

—En unos días me voy— le cuento.

—¿A dónde?

—A la capital. Por un tiempo.

Sánchez no me dice nada y sigue andando. Se mete la mano que no usa en el bolsillo.

—¿Qué te parece?

—Poco original.

—¿Poco original?

—Sí, ¿qué es la capital?

—Una ciudad.

—Es una ciudad— me contesta —como cualquier otra.

—¿Y?

Hace silencio.

—Me gustaría conocer la ciudad— le digo.

—Hay ciudades más cerca. Igual...

—¿Igual qué?

—Es un lugar, como tantos otros, como este pueblo. ¿Cómo se formó este pueblo? Con gente que vivía aún más aislada, y decidió juntarse.

—¿Eso qué tiene que ver?

—Que es una cuestión de tiempo, para que este pueblo se convierta en una ciudad. No tenés por qué irte.

—¡Llevaría mucho tiempo!— le digo.

—El tiempo es relativo. Llevaría menos tiempo si la gente se quedara.

La panza se me endurece. Hago silencio. Él silba. Llegamos hasta mi casa. Le saco la bolsa de la mano, y le agradezco.

—Te espero y vamos para la estación— me dice.

—Voy más tarde— contesto cerrando la puerta.

Dejo las cosas sobre la mesa y me siento sobre la cama. Quiero imaginarme al bebé afuera de mi panza. Me esfuerzo por pensar que no se va a parecer al padre y me acuerdo eso que le escuché alguna vez a Julio: que los bebés, como los perros, se terminan pareciendo a quien los cría.

El sonido del teléfono me despabila. Es Mary. Que la perdone. Que la llamaron los patrones. Que adelantó su vuelta: se va mañana. ¿Mañana? Sí. Quiero arreglar los detalles con ella, pero me asegura que no hay mucho que arreglar, que vamos a tomar el micro que pasa por la ruta provincial, atrás del pueblo. ¿Tengo que sacar boleto? ¿Qué me llevo? ¿Qué hago con la casa? Mary me corta, porque está con gente. Pero antes me dice que no me preocupe, que allá hay de todo. Yo empiezo a pensar en detalles como las milanesas hechas en la heladera o el turno con el médico. La ropa que tengo no me va a servir más después del parto. Pero tampoco me va a entrar la que usaba antes

del embarazo. Tomo un bolso y meto tres o cuatro vestidos, un dinero que junté y unos esarpines amarillos de lana que compré hace unas semanas en la farmacia. Aún así, hay mucho espacio vacío.

Al rato, la panza se afloja. Me saco las sandalias, recuesto la espalda sobre un almohadón. Parpadeo. Cuando abro los ojos me veo parada sobre una avenida, con una cartera rosa colgando de mi brazo derecho y un chico de tres años tomándome la mano izquierda. Frente a mí nace una calle ancha, saturada de personas que salen y entran de cines y teatros. Es de noche. La gente va charlando, a otro ritmo. Quiero caminar pero tengo ambos pies enterrados en el asfalto.

XVI

Me despierto sobresaltada. Estoy llegando tarde. En una bolsa grande meto las milanesas, los huevos y una caja de ravioles que iba a comer el domingo. Se lo llevo a una vecina. Le aviso que me mire la casa, que voy a la ciudad a hacer unos trámites.

—En un par de días vuelvo.

Por las dudas, le dejo la llave.

El camino al trabajo, hoy especialmente, me resulta largo y fatigoso. Las calles de tierra están secas y el polvo vuela hasta la cintura. La panza me pesa y siento que me hago pis encima. El pueblo está desierto. Se acerca la hora de la siesta y se cierran las puertas y ventanas de las casas. Los más chicos se van a jugar a la pelota entre los campos. Los perros también duermen. El viento de frente me limpia la cara y me anima.

La estación está vacía. Julio y Sánchez miran la repetición de un partido. Aunque ya saben el resultado, están entusiasmados. Apenas notan que llegué.

No quiero perder tiempo. Me preocupa dejar todo limpio, pero el delantal ya no me cierra y solo puedo ponerme los guantes. Repaso los vidrios, baldeo los baños y preparo milanesas y pizzas en cantidad. El partido termina y el almacén se llena de golpe. Una pareja discute en una mesa alejada, dos amigas charlan junto a la ventana y una familia cordobesa come con prisa cerca de la cocina. Todos están de paso, y están apurados. Julio, Sánchez y yo trabajamos a la par.

Al atardecer la clientela merma, y le pido a Julio que cebe unos mates. Lo considera un antojo. Sánchez me mira con desconfianza.

—Te va a dar acidez— me previene.

No le hago caso. Apago la televisión y prendo la radio. La emisora local pasa algunos boleros clásicos, y Sánchez se trenza en una discusión sobre el tema con la peluquera, que pasó a comprar facturas, pero se entretiene charlando. Un hombre joven entra a comprar unos lentes de sol. Antes de dárselos, les paso una franela. Todo está lleno de tierra, así que, apenas se va,

limpio la vitrina de los regalos. Hay juguetes antiguos, gorras con visera y mates de cuero. Elijo un juego de muñecas que está ahí desde hace un par de años y le digo a Julio que me lo llevo, para el bebé.

—¿No era varón?

—Sí.

Pero las muñecas me gustan, y no tengo ninguna, pienso. Cerramos el almacén sin prisa. Sánchez todavía discute sobre los boleros con la peluquera, y así se alejan, caminando y discutiendo, sin saludarnos.

Julio se tiene que ir rápido. Se disculpa, solo me puede alcanzar unos metros. Prefiero caminar.

—¿No te enojás?

—No.

Le doy un beso agarrándole la cara con las dos manos y me sonrío.

—Hasta mañana— nos decimos.

XVII

Mary me dice que, al final, salimos de madrugada. Es un horario difícil. El sueño, en mi estado, es una muerte breve pero profunda. Así que decido no dormir y, antes de la hora acordada, salgo.

Afuera, el cielo está claro y limpio y puedo distinguir todo el paisaje con nitidez. Voy liviana. Al hombro llevo un bolso flaco. Adentro van las muñecas. Camino rodeando el pueblo, sobre la ruta, entre los pastizales quemados. La tierra está húmeda, y las sandalias se hunden un poco. Tengo que detenerme unos minutos. Escucho grillos, ranas y, muy de vez en cuando, el paso de un auto a lo lejos.

Cuando llego, Mary no está. Una mujer mayor, sentada sobre una valija cuadrada, teje y silba. Me dice que el micro todavía no pasó.

—Siempre viene un poco atrasado.

La señora no me pregunta nada y sigue con su tarea. Yo me alejo un poco, y me siento en las gruesas raíces de un árbol, con las piernas abiertas. La panza me duele y tengo los pies hinchados. Supongo que me falta sueño, pero hago un esfuerzo por no cerrar los ojos.

A los pocos minutos, un auto se detiene delante de mí y de él sale Mary. La trae un hombre que parece mayor que ella, aunque no lo llego a ver bien. No lo conozco. Los dos se ríen y se saludan hasta que el auto vuelve a tomar velocidad. Mary no menciona nada al respecto, y yo no pregunto. Lleva puestos unos aros plateados largos, el pelo recogido y unas sandalias altas. Me dice que cuando lleguemos a la ciudad vamos a ir de compras.

Ella juega con el teléfono, que hace un ruido metálico e histriónico. No logro dormir, pero, de todas formas, cierro los ojos y me recuesto sobre el tronco del árbol. Un malestar, como un mareo, recorre el cuerpo de la cabeza a los pies, y tengo miedo de descomponerme. Por suerte, Mary me sacude para avisarme que llega el micro.

Me levanto despacio, mientras ella camina por la ruta y hace señas para que esperen. No lleva mi bolso, ni el de ella, pero cuando la alcanzo ya

arregló el tema del pasaje. Nos tocan los asientos del fondo.

El coche, por dentro, está a oscuras. El chofer, de mala gana, prende unas luces blancas que descubren una docena de caras tristes y ensimismadas. El micro arranca antes de que podamos sentarnos. La señora que teje se acomoda en el primer asiento, cerca del chofer. Nosotras avanzamos por el pasillo tomándonos de los respaldos. Mary va adelante mío y camina rápido. Sobre la derecha, junto a la ventanilla, un par de ojos me miran fijo. Es un hombre joven, pero su rostro no está iluminado. A su lado, una mujer, que no parece viajar con él, trata de callar a un bebé que empezó a llorar con las luces. Mary me toma del brazo y me apura.

El espacio es chico. Las rodillas tocan el cuero del asiento de adelante y las piernas quedan encerradas. Tengo que viajar con el bolso encima de la panza, porque el piso está mojado de algo que parece jugo de naranja. El olor es confuso. Huelo a mandarina, a desodorante de autos, a nafta. La mezcla me asquea. Mary va contestando mensajes en el celular. Está habladora. Me cuenta de la casa donde vive, de la familia y del trabajo. Lo extraña. Su estadía en el pueblo fue más corta de lo que pensó.

—Me aburre tanto ese lugar.

Yo le digo que sí y me abrazo a mi bolso. Apoyo la cabeza en el respaldo y, por fin, me quedo dormida.

XVIII

Me despierta un golpe fuerte. El micro frena en una maniobra brusca y mis rodillas se hunden en el asiento de adelante. Ya amaneció. Un calambre intenso me recorre la panza de lado a lado y, apenas pongo una mano sobre ella, siento un chorro de agua. El asiento de felpa traga buena parte del líquido, como una esponja. Mary duerme, recostada sobre mi hombro. Tiene el celular, sonando, en una de sus manos. La sacudo del brazo.

—Rompí bolsa.

Tarda unos segundos en reaccionar, entonces tengo que repetirle que rompí bolsa. Me siento mareada, y débil. Mary sale del sueño profundo y se levanta de un salto.

—¡Felicitaciones, negra!

La miro desconcertada. Me toma de la mano, me abraza. Le digo que mojé el asiento, le señalo el agua bajo mis pies y sobre la felpa húmeda. Pero no me hace caso. Está eufórica. Algunos pasajeros se despiertan con el alboroto. La señora del primer asiento se acerca, y me da un beso en la mejilla.

—Necesito bajar— le digo a Mary.

—Claro, ya le aviso al chofer.

Se pierde por el pasillo y yo me quedo con la señora, que me pregunta cómo le voy a poner. Improviso un nombre. Juan.

—¡Qué lindo, un varoncito!

El micro se detiene y el chofer se acerca. No lo recuerdo como lo veo ahora, a la luz del día.

—Le va a poner Juan, como vos— le dice la señora.

El chofer se alegra, y me felicita, y me pregunta si aguanto unos minutitos, que me deja en el próximo pueblo. Le digo que sí, pero que se apure, y le señalo el asiento mojado.

El micro avanza con prisa. Mary se va adelante con el chofer, y la señora ocupa su lugar. Ahora habla con una pareja más joven que viaja adelante nuestro. Quieren tener un bebé. Les gusta el nombre Sofía.

—¡Qué lindo nombre, Sofía!— me repite a mí, como si no lo hubiera escuchado.

El micro por fin se detiene. Camino sola hasta la puerta, con mi bolso al hombro. Algunos pasajeros me saludan, otros aplauden. Mary agita la mano para despedirse del chofer. Se lleva agendado su número.

Bajo en un paraje desierto. El viento acá corre más fuerte, y siento frío entre las piernas, con la ropa mojada. Mary me señala un boliche, atrás de un taller mecánico.

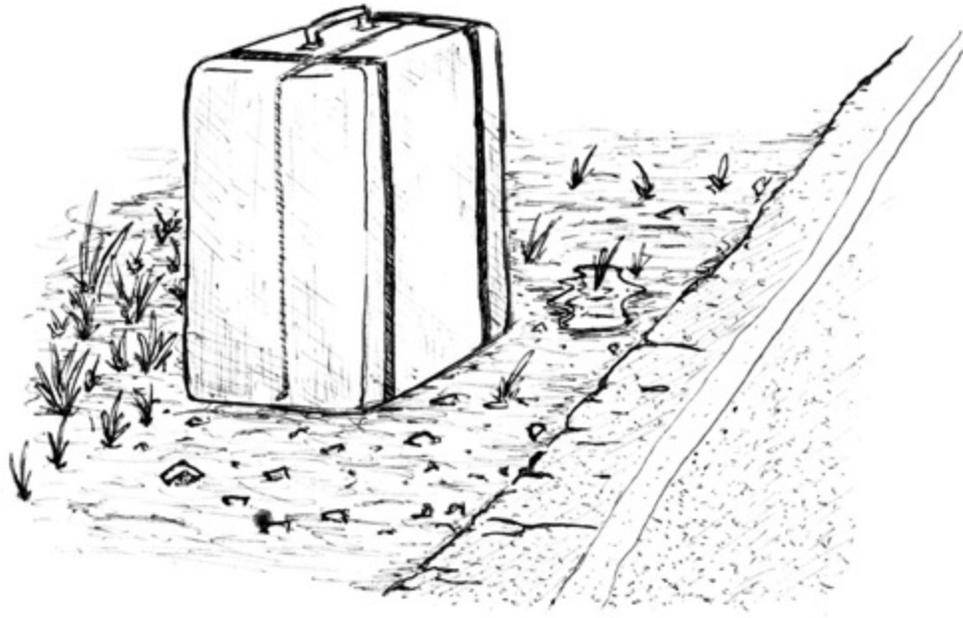
—Vamos hasta allá y llamamos a un médico— me dice.

Caminamos agarradas del brazo, aunque es ella la que se apoya en mí. El día es soleado, pero no hace calor. Creo que aún es temprano. Pasamos delante del taller, sin ver a nadie trabajando. Una pava se calienta en un fuego improvisado a un costado.

No puedo caminar ni un solo paso más, pero Mary me lleva hasta el boliche. Tiene la fachada marrón y, desde afuera, no distingo si está abierto o cerrado. Mary empuja una puerta pesada, que cede, y me hace pasar. Adentro, dos hombres desayunan en una de las mesas. Uno es grande, el otro muy joven. Parece que son familiares. Se ponen de pie al vernos entrar.

—Necesitamos un médico— dice Mary, señalándome. —Rompió bolsa.

Me sientan en una de las mesas, cerca de la puerta. Sobre una silla descanso las piernas. Los pies me laten. Estoy tan cansada que apenas noto las contracciones. Mary sale a la puerta con el joven a esperar al médico. El hombre mayor se acerca con una botella de agua. Saca un pañuelo de su bolsillo y con él me seca la frente. Sobre una *heladera-mostrador* se apoyan dos campanas con sándwiches. No son iguales. La más chica está rota. A un costado, está la caja y, sobre ella, un almanaque del año pasado.



Grupo  Planeta

¡Seguinos!

